

MIR

LA
CREACIÓ

BS651
M5
1891
c.1

011866



EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080023016

HE

LA CREACIÓN.



LA
CREACIÓN

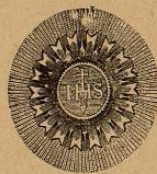
SEGÚN QUE SE CONTIENE EN EL

PRIMER CAPÍTULO DEL GÉNESIS

POR EL

P. JUAN MIR Y NOGUERA, S. J. 1840-1917

SEGUNDA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA.



(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.) *Carilla Alfonsina*
UNIVERSIDAD DE LEÓN
Biblioteca Universitaria
Biblioteca Valverde y Tollez

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO

SUCESOR DE CLAMENDI
Calle de la Paz, núm. 6.

1891

47994

BS654

M5

1891

Es propiedad.

LICENCIA DEL RDO. P. PROVINCIAL.

Cum opus, cui titulus est LA CREACIÓN a P. JOANNE MIR ET NOGUERA, nostræ Societatis Sacerdote compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint, et in lucem edi posse probaverint, facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis munitas dedimus.

Barcinone kalend. Junii, anni 1890.

Loco ✻ sigilli.

JOANNES RICART, S. J.
Provincialis prov. Aragonie.



011866

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS DON CIRIACO MARIA SANCHA Y HERVÁS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC., ETC.

Por el presente, y por lo que á Nos corresponde, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *La Creación, según que se contiene en el primer capítulo del Génesis*, escrita por el PADRE JUAN MIR Y NOGUERA, de la Compañía de Jesús, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada detenidamente, y, según la censura, nada contiene que sea contrario al dogma católico, sana moral y demás leyes de la Iglesia.

En testimonio de lo cual, expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 3o de Agosto de 1890.

CIRIACO MARÍA, *Obispo de Madrid-Alcalá.*



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor:

Dr. José Barba Flores, Canónigo Secretario.



ADVERTENCIA DEL EDITOR.

La primera edición de este libro, agotada en pocos meses, reclama otra segunda. Revistas nacionales y extranjeras, periódicos de las principales provincias de España, han recibido con aplauso y recomendado con instancia esta obra, que, aunque completa en su género, nunca podrá ser perfecta. El afán con que ha sido buscada por los estudiosos da muy bien á conocer que se va despertando entre los jóvenes universitarios y seminaristas la afición á las graves cuestiones de controversia científico-religiosa.

El autor ha entendido también que la consideración del público ilustrado le obligaba, á título de agradecimiento, á retocar y mejorar en lo posible su libro, ajustándolo á los últimos pasos de la ciencia. Las añadiduras y modificaciones que en esta segunda edición ha introducido, están sembradas en el cuerpo de los capítulos, y pertenecen las principales á los ramos de geología, arqueología y astronomía. De todo lo cual y del resto de la obra dará razón detallada un copioso índice de materias que, por orden alfabético, va añadido al fin, donde podrá el lector hallar con facilidad noticia cabal de las cosas que más le convenga consultar.

GREGORIO DEL AMO.



PRÓLOGO.

ML aplicar nuestro estudio á delinear la creación contenida en el primer capítulo del Pentateuco, y á compararla con los adelantamientos presentes, para tantear su conveniencia y conformidad, no es nuestro ánimo alzarnos á una empresa nunca acometida, ni abrir desconocidos derroteros; sino solamente avivar entre nosotros el ardor del combate con los enemigos de la fe, procurando algún servicio á la causa del catolicismo, litigada por ilustres campeones y vindicada con las armas de sus inmortales escritos.

Á esto mueven el ánimo poderosos incentivos. Primeramente, el ejemplo de los Padres y Doctores. El capítulo de la Creación, augusto frontispicio de la Teología, fuera de afirmar las pruebas de los atributos de Dios, condena los errores del paganismo y presenta á la consideración una cosmogonía tan llena de sencillez y verdad, que sería por demás buscar otra parecida en los libros de los antiguos filósofos. La creación de la materia *ex nihilo*, los primeros pasos del mundo, el estado primitivo de la tierra, el nacimiento sucesivo de los reinos naturales, la población de los cielos, la formación y grandeza del hombre, son acaecimientos escondidos á la humana comprensión; si no los leyéramos claramente descritos en esta página de Moisés, no fuera posible alcanzar su noticia. Porque, ¿qué peso deberemos hacer de las historias de los caldeos, persas, egipcios, chinos, donde se apuntan algunos ras-

guños de los dichos sucesos, cuando tan mal seguras prendas de verdad ofrecen?

Por causa de esto, los santos Padres en ninguna parte de las antiguas Escrituras pusieron tanto cuidado como en la exposición del Hexámeron, y cotejando su doctrina con lo menguado de las tradiciones paganas, sacaron su inestimable excelencia y la repugnancia de los contrarios errores. Defender la religión de los insultos de la falsa ciencia, y ayudarse de los conocimientos naturales para poner de manifiesto las obras de los seis días, fué el intento principal de los santos autores que desde el origen del cristianismo interpretaron el Génesis. La cosmogonía que enseñaban, de dos partes principalmente se componía: explanaban primero los dogmas de la simplicidad de Dios, creación, providencia, unidad de la especie humana, dependencia y caducidad de las cosas; y después daban á la letra de todo el capítulo aquella interpretación que creían más conforme con la ciencia natural que en su tiempo florecía. Porque vieron luego que el Hexámeron no contenía, cuanto al modo, sistema alguno determinado que necesitase á seguir un género particular de formación; sino que solamente trazaba en grandes líneas el orden de las cosas criadas, comenzando de las más elementales, y subiendo por grados á la alteza de los vivientes, hasta el hombre, remate glorioso de la obra de Dios.

Así que sus comentarios no eran incontrastables en la exposición científica que proponían, pues que su autoridad valía tanto, cuanto el peso de razones que la fundaban. Sin embargo, aunque las ciencias naturales no tuviesen en aquellos siglos el lustre que en el nuestro han alcanzado, ningún linaje de conocimientos corrían entre los doctos que no hallasen acogida en los volúmenes de los Padres griegos y latinos. ¿Qué digo acoger? ¿Qué conceptos no inventaron? ¿Qué arbitrios no excogitaron? ¿Qué explicaciones no dieron? Si un descubrimiento nunca se hizo sin que primero amaneciesen rayos precursores que le destellasen y le antecogiesen la salida, preciso es confesar que desde la aurora del cristianismo los escritores apostólicos que comentaron el Génesis, y los que á ellos siguieron, esparcieron tan hermosa claridad, que dilatando de siglo en siglo los campos de luz, iluminaron la Edad Media, y han traído á la nuestra los vivísimos resplandores que al Hexámeron cercan y esmaltan. Los teólogos del siglo xvi, que en

España llevaron la palma, con ventaja no comparable, á todas las naciones del orbe por la alteza y universalidad del saber, grandes esfuerzos hicieron, en sus tratados sobre los seis días, por mostrar la ninguna mella que puede la humana ciencia causar en la palabra de Dios.

Pues es muy para considerar que nunca los santos Padres ni los doctores Escolásticos llevaron rumbo fijo en la interpretación científica del Hexámeron, ni reinó entre ellos exposición común y tradicional, como ciertamente lo fué la que dieron de la parte dogmática. Y no habían de concurrir en un comentario los que apoyaban sus discursos en presupuestos libres y ajenos de demostración. ¿Qué valor tiene, pues, la consecuencia de los racionalistas, cuando de la variedad de pareceres que dividió á los escritores eclesiásticos pretenden concluir la ninguna conformidad del Génesis con la ciencia natural? Mas en el día de hoy, loado sea Dios, merced á los adelantamientos de la geología, astronomía, paleontología, biología y demás disciplinas recientes, nos es permitido extender las velas con más holgura, y exponer la letra de Moisés con alguna mayor claridad, ya que no con entera certidumbre. Si, pues, aquellos doctísimos varones no dudaron acometer la exposición del Hexámeron con tanto denuedo, careciendo de suficientes pertrechos de armas, ¿quién no sentirá vigor en el pecho para empeñarse en estas disputas, cuando ahora más que antes es imposible demostrar que la narración de Moisés calumnie á la verdadera ciencia? No dudamos que en breves años todas las cátedras de teología católica habrán de convenir en compendiar en tesis las importantes cuestiones del Hexámeron.

Otra razón es el renombre que han alcanzado las ciencias experimentales en estos postreros años. Su pujanza enajena los ánimos tan desapoderadamente, que corren peligro de dar al través aun los bien lastrados y hechos al arte de navegar. Decláralo el racionalista Tyndall. «Los descubrimientos de la ciencia moderna, dice, presentados á nuestra vista en su verdadero aspecto, constituyen el más sublime poema que cupo jamás en fantasía y concepto de hombre. El físico de nuestros días vive de continuo cercado de maravillas que asombran á las de Milton: son tan grandiosas, que quien las contemplare con sosiego ha menester un cierto vigor de

carácter para no dejarse deslumbrar por la viveza de sus fulgores¹. Con este físico siente M. Marcos Dufour, cuando, sobrecoído de pasmo, dice: «Parécenos que quien por primera vez saborea los principios nuevos, no es posible menos sino que quede arrebatado de admiración á vista de tanta grandeza y sencillez²». Claramente dicen estos testimonios que las ciencias naturales han menester el examen de la sana filosofía, que como piedra de toque pruebe la autoridad de los fallos y acrisole aquella misteriosa refulgencia que tanto fascina los ánimos. Á no dudarlo, las ciencias físicas y naturales por el gran provecho que á la industria, comercio, artes, agricultura acarrearán, solicitan con sus atractivos la curiosidad, y entrando por los sentidos cautivan con su admiración las potencias del hombre; y por estos motivos son más á propósito para sembrar dudas, esparcir sofismas, despertar dificultades y perturbar los discursos de la sana razón. Dios nos libre del embeleso que causa la proclamación de una novedad. «Toda fuerza es movimiento transformado», aclamaron los modernos; y al son de esta voz, ó por engaño, ó por astucia, trataron de reducir á la mecánica la fisiología, á la fisiología la psicología, la moral á la física, y todo acto aun humano á movimiento local.

Especialmente que los estudios modernos paran en las causas inmediatas de los fenómenos y apartan del ánimo la consideración de los últimos principios, que por ser costosos de estudiar y dificultosos de entender, son fácilmente estimados por inútiles. Persuadido de la falta de asiento que se advierte en las ciencias positivas por haberse divorciado de la filosofía, solía decir el ilustre Wagner: «Es cosa cierta que las ciencias naturales jamás podrán ser base de verdadera cultura intelectual, ni responder á todas las aspiraciones del corazón y del entendimiento. Dondequiera que pusieren los hombres en ellas el único ó el principal fundamento de la educación, no harán sino criar una generación apocada, vacía, sin alma y sin afecto, y desflorar y marchitar las más nobles potencias del hombre. El materialismo, la adoración del becerro de oro, será la consecuencia del culto de la naturaleza. Los ensayos de ese fetuquismo á nuestros ojos están presentes: vémoslos verifica-

¹ *La chaleur*, p. 420.

² *La constance de la force*, p. 22.

dos en el endiosamiento de la materia y en la sed de riquezas y placeres¹.»

Poco fuera que los naturalistas hubiesen espaciado su generosidad por el campo de las investigaciones, si no se hubieran arrojado muchos de ellos á hacer armas contra la religión católica con intento de acabar con la fe sobrenatural. «Á la hora presente se propala un profundísimo menosprecio de la religión: el cristianismo es acusado de culto absurdísimo, si le hubo; la Biblia es tenida por zurcido de fábulas paganas dignas de befa. La segur está puesta á la raíz del árbol. Los dogmas principales de la religión cristiana son blanco de escarnio. Cada día nace un sistema nuevo, inventado para dar en tierra con parte del edificio bíblico. No hay página en las Escrituras, ni en nuestra fe punto que quede libre de atropellos².»

Esto es lo que pasa en Bélgica, en Francia, en Italia, en Alemania y en casi todas las naciones de Europa. ¿Y en España? En España camina el mal á grandes pasos. Por una parte, el atolondramiento á los hombres políticos que sólo tienen ojo al partido para medrar, no les deja advertir la gravedad de nuestra situación; la indolencia por otra, á los indiferentes y egoístas los tiene alejados del campo de la lucha, y no les permite ver los desastres causados en poco tiempo por los semisabios y amantes inconsiderados de la ciencia natural; á los católicos optimistas, en fin, para colmo de males, parécenos bastar por todo remedio lo ridículo de las objeciones, el recurso al sentido común, lo fútil de las afirmaciones, la misma orgullosa novedad, y no conocen, ciegos, que la ignorancia de lo grave del mal es el aliado que da más alas al positivismo para extender sus conquistas.

Lo cierto es que el materialismo científico, escudado con la ignorancia de los buenos, con la indolencia de los indiferentes y con el aturdimiento de los políticos, lleva adelante su obra y mete el tósigo en las entrañas de nuestra nación. ¿Qué será de los lectores sencillos insuficientemente informados (que de los maliciosos es cosa sabida), si aciertan á topar con un Figuiet, con un Draper, con un Flammarión, libros en que se saltea la autoridad de la Biblia, se disputa sin decoro sobre conflictos entre la ciencia y la fe, y se declara abiertamente no poder la sagrada Escritura sufrir los

¹ *Der Kampf um die seele vom Standpunkt der Wissenschaft*.

² *Revue catholique de Louvain*, 1882, Oct.

resplandores de la sabiduría del siglo XIX? No pocos son ya los jóvenes que viven lastimosamente engañados, por habérseles engolosinado el apetito en la lectura de tal cual libro, que por desgracia hechizó la atención con ciertas galas de estilo y embelesó el ánimo con la viva representación de las curiosidades que trata. No pocos son los que, porque no se hallan extraños á los principios de estas ciencias, se creen con caudal bastante para decidir sobre relaciones entre la Biblia y la razón. Á grandes riesgos se pone el ingenio que, contento con andarse por las ramas de los efectos, no entra en la honda raíz de las causas. ¡Ay del día en que la ponzoña del contagio haya fermentado y cundido por la masa de la española juventud!

No somos los españoles una nación como quiera: los alemanes, los ingleses, los belgas y aun los franceses é italianos, verán amontonarse en su cielo nubes preñadas de rayos, consentirán que se aclimaten doctrinas peligrosas y que duren tiempo en sus tierras, y no temblarán ni temerán los desastres de la tormenta. En España no es eso posible: la viveza de nuestras pasiones, la acritud de nuestros apetitos, el heroísmo de nuestra casta, la furia de nuestra sensibilidad, son causas que se compadecen muy mal con la calma estoica de otras naciones. Así que las nubes estén cargadas de tempestad, romperá la tormenta, y las encrespadas olas esparcirán terror y desolación por nuestras provincias; y el pueblo español amanecerá, quebrando en estos arrecifes encubiertos, tan sumido y anegado como el último de los pueblos. Conviene, pues, trabajar por contener el ímpetu de doctrinas malsanas, y por poner en su lugar lo claro y lo obscuro, la verdad y la mentira, lo dudoso y lo cierto, acerca de un punto tan capital como en el Hexámeron se trata, pues trasciende en todo el orden de verdades divinas y humanas.

Allégase á las dos razones dichas otra tercera que pone nuevas espuelas al celo: la índole de las teorías modernas. Hanse despeñado muchos cultivadores de la ciencia natural en el escollo en que dieron en todo tiempo los fautores de novedades; veneran sus teorías como razonables interpretaciones de los hechos, dando calificación de verdad á lo que apenas tiene visos de verosimilitud. Lo que es más, estribando en unas pocas indagaciones, para hacer que ajusten las teorías á la realidad de las cosas, no reparan en fingir

sucesos que les son favorables, negando cosas ciertas que son contrarias á sus teorías. Cuéstales mucho confesar que sus asertos no pasan de meras hipótesis, tanto menos probables, cuanto es menor el número de casos que comprenden; y se les hace de mal pensar que no sean sus fallos ciertos y decisivos. En verdad, uno de los más funestos artificios de gran número de naturalistas consiste en echarse á dormir con los sistemas que corren, cual si en ellos descansase entronizada la absoluta certeza. No cesan de hacer mofa de los antiguos, acumulándoles que procedían *a priori* en sus especulaciones científicas: ¿qué otra cosa hacen ellos sino caer en el vicio que censuran, vistiendo las que son puras suposiciones con las ropas immaculadas de la verdad?

Este abuso sistemático ha sido prevenido y baldonado por el gran fisiólogo de nuestro siglo, Claudio Bernard, declarando la índole de la *hipótesis* científica por estas palabras: «Las teorías son suposiciones justificadas por una cantidad más ó menos considerable de fenómenos: las mejores son las que explican mayor número de hechos, pero nunca son tan definitivas que merezcan crédito absoluto¹». Por esta misma razón, M. De la Rive, varón insigne por su cordura, espantado de la liviandad usada en el día, de dar por conclusas cuestiones científicas que á duras penas tienen probanzas, quejase amargamente, diciendo: «Los propagadores de la ciencia, más puestos en asombrar al orbe que en ser fieles á la verdad, celebran un sistema del mundo molecular destinado á servir de atavío á la mecánica celeste de Laplace. No hay para ellos cosa más sencilla ni más clara: la atracción es ni más ni menos efecto de un impulso fácil de comprender. ¡Peligrosa ilusión!, que si llegase á dominar, sería tan perniciosa al verdadero progreso de la ciencia, cuan contraria á su útil propagación. ¿Á quién sino á cuantos toman sobre sí el cargo de divulgar la ciencia cumple esparcir ideas exactas y fecundas?» «Y entonces desaparecerá el peligro de ilusión, añade el sabio Naville, cuando se den los doctos á entender que nuestra física es un amontonamiento de hipótesis que se confirman y constan hasta ciertos límites, pero que no hacen ciencia acabada²».

¹ *Introd. à l'étude de la Méd. expérim.*, p. 290.

² *Biblioth. univers.*, Oct. 1867.

³ *La Physique moderne*, 1883, p. 58.

No condenan estos escritores las teorías en común: provechosas las estiman y aun necesarias al ardor de la investigación experimental; sin ellas, no serían las ciencias sino listas de fenómenos, buenas sólo para el pasatiempo. Una hipótesis presentada en el palenque da lugar á reñidas batallas, es la manzana de la discordia que despierta calor en las disputas, enciende en los pechos y atiza el deseo de nuevas observaciones, y ayuda poderosamente al acrecentamiento del humano saber. No es razón que el crítico muestre ceño con las hipótesis y se desdigne de familiarizarse con ellas; distinga, sí, con estudio entre los que son hechos irrecusables y entre explicaciones hipotéticas, para que, evitada la confusión, resplandezca la realidad de las cosas.

Porque es indubitable que la ciencia moderna posee tesoros de verdades que antes no conocía, y tiene archivados muchedumbre de hechos cuya razón ignora, y cuya explicación sólo por analogía puede barruntar. Mas conviene diferenciar de las hipótesis reales las ideales y fantásticas. Teorías hay que, sin merecer absoluta aprobación, gozan de gran probabilidad, porque se fundan en hipótesis reales, y fuera temerario quien á la ligera las condenase. Otras, al revés, corren por los libros tan macilentas y descaecidas, que son el descrédito y el escarnio de sus autores. Si el polemista debe tener éstas en poco y combinarlas de todas maneras si conviniere, justo es que mire con ojos placenteros las teorías bien fundadas, no sublimándolas en todo caso á la dignidad de verdades científicas. «La experiencia nos ha enseñado que no debemos sacar conclusiones prematuras. Quien habla ó escribe para el público, debiera examinar, en mi juicio, dos veces cuánta verdad científica entra en lo que se dice, y escribir en menudos caracteres y por vía de notas los progresos meramente hipotéticos, dejando en el texto la pura verdad real.» Así pensaba en 1882 el materialista Virchow en el Congreso antropológico de Alemania. El mismo dictamen había emitido el sapientísimo cardenal Newman, por estas graves palabras: «Una de las más arduas dificultades es el concretar qué punto deba ser combatido. Muchas teorías se levantaron para luego caer: es difícil antever cuáles quedarán en pie, y cuál será el estado de la ciencia, de un año para otro, respecto de ellas. Triste cosa es que el católico se vea forzado á perseguir refutando cosas que rematarán luego en fantasmas, y discurrir, para resolver objeciones especia-

les, una confutación que tal vez luego sea inútil, porque habrá nacido otra teoría y de ahí otras dificultades que deshacer¹».

Importa, pues, grandemente poner en claro las cosas, y no contentir que la falsa ciencia se abraze y amancebe con un sistema cualquiera, y tome alas y se nos levante á mayores con los halagos del siglo, y usurpe á la verdad los títulos de su soberanía. Audacia y raimiento grande sería que ufana entonasen himnos á sus invenciones, á despecho y con menoscabo de la infalible verdad. La verdad en su immaculado candor, ¿dónde luce más esplendorosa que en las santas Escrituras inspiradas por Dios para edificación de los hombres? El defenderlas de los acometimientos de una ciencia fementida, ¿no es deber de todo cristiano? Y el propósito de mostrar cuán dichosamente confronte el Hexámeron con la verdadera sabiduría, ¿no es obra digna de todo pecho católico?

Aguijados por estos motivos, con gran celo empeñan cada año sus esfuerzos los hijos de la Iglesia santa en la publicación de obras encaminadas á patentizar el buen acuerdo entre la verdad de la ciencia y la verdad del Hexámeron, tanto más dignas de encomio, cuanto que, yendo adelante los descubrimientos naturales, hácese más evidente la hermandad que con el Génesis los enlaza. Italia, Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica, América, se honran con libros magistrales que realzan gloriosamente el Hexámeron de Moisés, cuyos autores, otorgando á la ciencia, como es razón, toda la estima que se merece, entran de lleno en el desenvolvimiento de sus arcanos, emprenden audaces sus arduos problemas, inquieren con afán la solución de sus dificultades, deslindan la ciencia legítima discerniéndola de la degenerada, oponen la verdad á la mentira, y hacen campear sobre la avilantez de la una la respuesta justificada de la otra. Y puesto caso que en España no han escaseado en nuestros días llamaradas de alentados ingenios, que diesen lumbré bastante viva para ilustrar la conciliación de la ciencia con el Hexámeron, todavía fáltanos un libro que comprenda enteramente el capítulo de la Creación, ponga de manifiesto la suma de la doctrina, declare las dudas que cada día se ofrecen, y salga á volver ante el tribunal de la ciencia por la entereza inviolable de las pala-

¹ *Apologia pro vita sua*, 1.ª p.

bras de Moisés, sin dejar efugio á la impostura y malquerencia.

Esta carga, que ha hecho sudar y gemir á bravos gigantes, hemos querido tomar nosotros sobre nuestros flacos hombros; persuadidos á que si á cualquiera nación le es de provecho un libro de esta hechura, hácese de perentoria necesidad en nuestra España, donde hierven mil libros dañosos de sabor de gentilidad que espanta, donde como por arte diabólico asoman dudas terribles, donde échanse malas semillas y corren aires malsanos, los cuales, ya que no den hoy por hoy entre los buenos el fruto de los torbellinos que promete el Espíritu Santo á los que sembraren vientos¹, es triste cosa pensar cuán próximos están á darlos mañana espantosos y terribles con inevitable ruina.

Lejos del ánimo la persuasión de creernos competentes ni autores en los ramos naturales; pero si la incapacidad é insuficiencia sobran para el desaliento y para dar al traste con todo buen propósito, confiamos en nuestro Señor que, si usare el lector de benevolencia y leyere con atención los testimonios de los autores más acreditados que en cada ciencia hemos consultado, no podrá menos que convencerse de cuán realzada queda por las ciencias modernas la creación referida por Moisés; porque si el error más desastroso de nuestro siglo es el que pretende que anda reñida la fe con la ciencia, al celo de escritor católico pertenece valerse de todas armas, ofensivas y defensivas, para sacar triunfante la verdad de la religión.

Para más cumplida inteligencia de las obras del Hexámeron, ha parecido conveniente, en primer lugar, apercibir el ánimo del que leyere presentándole la autoridad de Moisés puesta por encima de las antiguas cosmogonías, de las nuevas ciencias y de las cavilaciones del racionalismo; después, declarada la controversia de los días genesíacos, proponer en la explanación de los dos primeros versículos las cuestiones que tocan á la creación propiamente dicha; en fin, asentados estos principios, venir á la exposición de cada obra en particular, tratando aquellos capítulos que de algún modo significan efectos que en cada uno de los días comenzaron á ser ó á mostrar su grandeza, y de camino tocando aquellas cues-

¹ Os., VIII, 7.

tiones científicas que esclarecen el Hexámeron y ponen en su punto y perfección la hermosura de todo lo criado. ¡Ojalá la lectura de este bosquejo despierte del letargo los ingenios españoles, y se den prisa á publicar una obra magistral que enaltezca á la patria y á la religión!

Finalmente: todo el libro con el autor va sujeto al sentir y á la corrección del Vicario de Jesucristo en la tierra, Juez nato de todas las controversias religiosas, á mayor servicio de Dios y utilidad de las almas.



INTRODUCCIÓN
AL
HEXÁMERON DE MOISÉS.